

REBECCA WRAGG SYKES



NEAN

LA VIDA, EL AMOR,

DER

LA MUERTE Y EL ARTE

TALES

DE NUESTROS PRIMOS LEJANOS



geoPlaneta
CIENCIA 

REBECCA WRAGG SKYES

NEANDERTALES

LA VIDA, EL AMOR, LA MUERTE
Y EL ARTE DE NUESTROS
PRIMOS LEJANOS

**NEANDERTALES - La vida, el amor, la muerte y el arte de nuestros primos
lejanos**

Título original: *KINDRED - Neanderthal Life, Love, Death and Art*

DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

geoPlaneta

© Editorial Planeta, S.A., 2021

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.com – www.geoplaneta.es

1ª edición en geoPlaneta: septiembre del 2021

© Traducción: Alberto Delgado, 2021

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

© del texto: Rebecca Wragg Sykes, 2020

© de las fotografías: véase p. 470

Esta edición ha sido publicada de mutuo acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc. Todos los derechos reservados.

Ilustraciones de inicio de capítulo: Alison Atkin

Resto de ilustraciones: Marc Dando

ISBN: 978-84-08-24655-8

Depósito legal: B. 8.731-2021

Impresión y encuadernación: Black Print

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

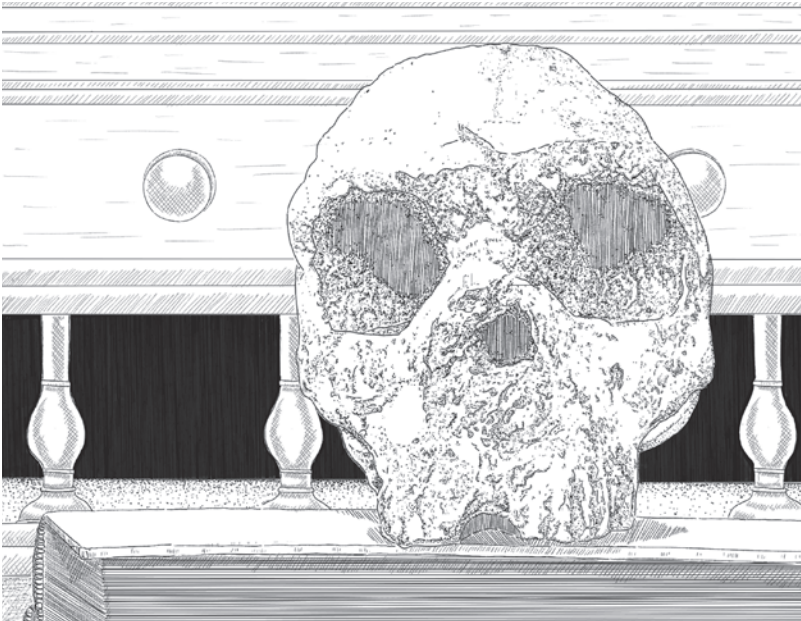
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

Nota sobre los nombres	7
Introducción	9
Capítulo 1: La primera cara	17
Capítulo 2: El río corta el árbol	35
Capítulo 3: Cuerpos que crecen	43
Capítulo 4: Cuerpos que viven	65
Capítulo 5: Hielo y fuego	89
Capítulo 6: Las rocas permanecen	107
Capítulo 7: El mundo material	135
Capítulo 8: Comer y vivir	157
Capítulo 9: La casa neandertal	199
Capítulo 10: Tierra adentro	229
Capítulo 11: Cosas hermosas	275
Capítulo 12: Dentro de las mentes	305
Capítulo 13: Maneras de morir	323
Capítulo 14: Viajeros del tiempo en la sangre	363
Capítulo 15: Desenlaces	385
Capítulo 16: Queridos inmortales	409
Epílogo	439
Agradecimientos	449
Índice	453

CAPÍTULO I

LA PRIMERA CARA



La tierra arenosa raspa los pies: nos encontramos en lo alto de un vertiginoso rascacielos. Superando cualquier sueño de Babel, esta torre ha crecido desde la tierra como una colosal estalagmita, a razón de un metro por cada año de historia de la humanidad. Por encima, a trescientos kilómetros de altura, la Estación Espacial Internacional pasa como una centella. Mirando por el borde de la torre, se ve a todo lo largo un halo de luz de miles de aberturas. Por la parte superior se abren ventanas de apartamentos con luces led, pero más abajo —a más profundidad en el tiempo— la naturaleza de la luz cambia. La visión se ajusta cuando las bombillas fluorescentes ceden paso a las lámparas de gas, y después empieza el canto coral de las velas.

Ahora guiñas los ojos para percibir, aún más abajo, una tenue luminosidad. Las volutas de humo que deja la luz antigua de decenas

de miles de lámparas de arcilla envuelven la torre, pero todavía no has llegado a las profundidades de la historia humana. Sacas un pequeño telescopio y mientras tus pupilas se agrandan, ávidas de fotones antiguos, ves cómo empieza unos treinta kilómetros más abajo el resplandor oscilante de las fogatas, que continúa hasta una profundidad diez veces mayor, remontándose trescientos mil años atrás. Llamas y sombras se retuercen y arquean, reflejándose en las paredes de piedra, hasta que solo hay oscuridad y los años dejan de contarse.

El tiempo es engañoso. Vuela a velocidad aterradora o se desliza tan despacio que lo sentimos como una carga, medida por los latidos del corazón. Cada vida humana está entreverada de recuerdos y preñada de ensoñaciones, pese a que existimos en una corriente de «ahoras» que discurre sin fin. Somos seres arrastrados por el fluir del tiempo, pero emerger y contemplar todo el curso del río supera nuestras posibilidades. No se trata de contar o medir; la ciencia actual puede calcular valores con increíbles niveles de exactitud, ya sea la edad del universo o un segundo de Planck¹. Pero llegar a comprender la escala del tiempo a un nivel evolutivo, planetario y cósmico sigue resultando casi imposible, igual que para los primeros geólogos, asombrados al vislumbrar la edad real de la tierra. Conectar con el pasado más allá de tres o cuatro generaciones —el límite de la «memoria viva» para la mayoría de nosotros— es difícil. Identificarse con antepasados más lejanos resulta más complicado aún. Contemplando fotografías antiguas nuestra perspectiva se vuelve borrosa, e incluso este archivo visual solo abarca un par de generaciones. Después entramos en el mundo de los retratos pintados, y otra capa de irrealidad difumina aún más el pasado. Comprender la mareante inmensidad del profundo tiempo arqueológico es muchísimo más arduo.

Existen trucos mentales para salvar la brecha entre nuestras vidas efímeras y el abismo del tiempo. Contraer los 13 800 millones de años del universo en un período de 12 meses coloca a los dinosaurios cerca de la Navidad, mientras que los primeros *Homo sapiens* no aparecen hasta unos minutos antes de los fue-

1. La unidad de tiempo más pequeña susceptible de medición.

gos artificiales de Año Nuevo. Pero determinar el tiempo a esa escala entendible no transmite las abismales extensiones de años. Recurriendo a curiosas yuxtaposiciones es posible verlo con más claridad: por ejemplo, median menos años entre el reinado de Cleopatra y los alunizajes que entre ella y la construcción de las pirámides de Guiza. Esto se refiere tan solo a los últimos miles de años, porque el Paleolítico —el período arqueológico previo a la última glaciación— es todavía más inabarcable. Los toros de Lascaux se hallan más cercanos en el tiempo a las fotografías del móvil que a los paneles de caballos y leones de Chauvet. ¿Y dónde encajan los neandertales? Pues nos retrotraen muchísimo antes de que unos dedos dibujaran bestias sobre paredes de piedra.

Aunque es imposible localizar al «primero» de la especie, los neandertales se convirtieron en una población claramente diferenciada hace entre 450 y 400 ka. El cielo nocturno que entonces se tendía sobre las poblaciones de homínidos nos resultaría extraño, pues nuestro sistema solar se hallaba a años luz de la posición actual en su incesante vals galáctico. Si ahora hacemos una pausa a mitad de camino del dominio temporal de los neandertales, hace unos 120 ka, observamos que, aunque la tierra y los ríos son en su mayoría reconocibles, el mundo parece distinto. Hace más calor, y los océanos henchidos por el deshielo han inundado la tierra, elevando playas a muchos metros de altitud. Bestias sorprendentemente tropicales campan por los grandes valles de la Europa septentrional. Los neandertales resistieron nada menos que 350 000 años, hasta que los perdemos de vista —o, al menos, sus fósiles y útiles— hace unos 40 ka.

Pero no es solo cuestión de tiempo: los neandertales se extendieron además por espacios inmensos. Más euroasiáticos que europeos, vivieron desde el norte de Gales hasta las fronteras de China, y por el sur hasta los límites de los desiertos de Arabia.

Existen miles de yacimientos arqueológicos, así que nos ceñiremos a los fundamentales, a los que constituyen hitos en la historia neandertal. Algunos, ya sea el Abric Romaní en España o la cueva Denisova en Siberia, nos cuentan historias increíbles de descubrimientos del siglo XXI. Otros, como Le Moustier en el Périgord, en el suroeste de Francia, ofrecen crónicas de la

vida neandertal entretejidas en la historia de la arqueología. Aquí se encontraron dos esqueletos sumamente importantes de los que nos ocuparemos más adelante, y es además un yacimiento con un tipo de utensilios de piedra (líticos) que definieron una cultura neandertal específica. Le Moustier ha sido escenario de más de un siglo de investigaciones, ha acogido a una sucesión de científicos, e incluso aglutinó inquietudes geopolíticas antes de la I Guerra Mundial. Pero no es en Le Moustier, ni en la Francia de 1914, donde comienza la verdadera historia de los neandertales; necesitamos retroceder otros cincuenta años, hasta la década de 1850.

ZONA CERO

A todos nos gustan las historias del tipo «¿cómo os conocisteis?». El enrevesado relato de nuestra relación con los neandertales se entremezcla con hilos de intuición y perplejidad: alumbrada por la Revolución Industrial, chamuscada por las guerras, iluminada por tesoros perdidos y hallados. Desde olvidados encuentros hace decenas de miles de años, cuando nos reconocimos como humanos, hasta el descubrimiento relativamente reciente de estos antiquísimos parientes, nuestra pasión no ha cesado. Impacientes por tocar la escarcha y sentir el aliento de los mamuts, resulta tentador activar una máquina del tiempo y emprender raudos un viaje directo hasta el Pleistoceno². Pero necesitamos situarnos en el punto medio de esta magna e intrincada historia para ver con claridad un principio o un final.

Viajemos cinco o seis generaciones atrás para asistir al nacimiento de la evolución humana como ciencia. Esencialmente narcisista —hija de la cosmovisión victoriana—, siempre se ha preguntado quiénes somos y por qué. Entre las mayores turbulencias socioeconómicas conocidas hasta entonces, los estudiosos del siglo XIX se devanaban los sesos escudriñando extraños

2. El Pleistoceno es una división geológica del tiempo y la primera época del Cuaternario, que empezó hace unos 2800 millones de años y duró aproximadamente hasta hace unos 11 700 años, cuando comenzó el Holoceno, la época en que vivimos.

huesos procedentes de cuevas europeas. Los neandertales suscitaron continuas discusiones sobre lo que significaba ser humano. Pocas preguntas más trascendentales pueden plantearse, y más allá de la curiosidad las respuestas revisten suma importancia. Analizar el afán de los primeros prehistoriadores por categorizar a estas desconcertantes criaturas nos ayuda a entender muchas teorías contradictorias y explica las ideas preconcebidas que aún perduran.

Esta historia empieza a fines del verano de 1856. La explotación de canteras por la demanda de las pujantes industrias de mármol y cal había devorado la profunda garganta al suroeste de Düsseldorf, un pintoresco y famoso paraje prusiano. En los altos de las paredes rocosas se descubrió una cavidad —la cueva Kleine Feldhofer— tapada por espesos sedimentos que obligaron a barrenar. Los grandes huesos que los obreros arrojaron por la boca de la cueva llamaron la atención de uno de los propietarios de la cantera. Como era miembro de una sociedad de historia natural, supuso que podrían ser restos animales de interés científico y rescató un variado muestrario óseo que incluía una bóveda craneal. El fundador de la sociedad, Johann Carl Fuhlrott visitó la cantera y advirtió que los huesos eran humanos; además, eran fósiles y, por tanto, debían ser muy antiguos³.

Parece que el descubrimiento de Feldhofer encendió la imaginación de las gentes del lugar, según se desprende de los periódicos, y los estudiosos más relevantes empezaron a pedir permiso para ver los misteriosos huesos. A principios de 1857 se envió un molde de la bóveda craneal al anatomista Hermann Schaaffhausen, de Bonn, cuya mente, por fortuna, estaba abierta a la posibilidad de que se tratara de fósiles humanos. Por último, una caja de madera con los restos, custodiada por Fuhlrott, partió hacia Bonn en ferrocarril. El ojo experto de Schaaffhausen reparó enseguida en el gran tamaño de los huesos —especialmente el cráneo—, en tanto que otros rasgos como la frente inclinada le recordaron a los simios. Dada su evidente antigüedad y procedencia, se inclinaba a pensar que debían de pertenecer a

3. Incluso en fósiles de «solo» unas pocas decenas de miles de años de antigüedad, las diferencias de textura saltan a la vista.

una especie humana primitiva. Aquel verano, Johann Carl Fuhlrott y él presentaron sus hallazgos ante la Junta General de la Sociedad de Historia Natural de la Renania y Westfalia Prusianas. Pocos años después de esta presentación extraoficial en sociedad, otros huesos rescatados por azar se convertirían en el primer fósil humano con nombre científico: *Homo neanderthalensis*.

La historia del término «neandertal», tan familiar hoy, está llena de una extraña congruencia. El *thal* ('valle') de Neander, morada originaria de los huesos, tomó su nombre del profesor, poeta y compositor de fines del siglo XVII Joachim Neander. De religión calvinista, su fe estaba inspirada en parte por la naturaleza, como el famoso barranco del río Düsseldorf, cuyas maravillas geológicas —farallones, cuevas, arcos— fueron tan apreciadas por artistas y románticos que propiciaron una industria turística. Joachim Neander murió en 1680, pero su legado —unos célebres himnos interpretados tres siglos después en las bodas de diamante de la reina Isabel II— ha perdurado. A principios del siglo XIX, una de las formaciones de la garganta recibió en su honor el nombre de Neanderhöhle, pero unas décadas después aquellos parajes habrían sido irreconocibles para Joachim. Devorado por la extracción masiva, el barranco desapareció y el nuevo valle fue conocido como el Neander Thal. Y ahora viene lo curioso: el apellido de la familia de Joachim era originariamente Neumann, convertido por su abuelo en Neander, siguiendo la moda de adoptar nombres más clásicos. Neumann —y Neander— significan literalmente 'hombre nuevo'. ¿Podría haber un nombre más adecuado para el lugar donde descubrimos por primera vez otra especie humana?

Pero si el caso parecía claro desde el punto de vista anatómico, se necesitaban pruebas de la antigüedad de los huesos. Fuhlrott y Schaaffhausen regresaron a la cantera para hablar con los obreros, que confirmaron que los restos se habían encontrado a unos 0,5 m de profundidad entre arcillas intactas. En una interpretación entre bíblica y geológica, para Fuhlrott este dato indicaba una época anterior a la glaciación, lo que otorgaba al esqueleto una enorme antigüedad, y le dio la suficiente confianza para afirmar la existencia de una especie humana extinguida

anterior al *H. sapiens*. Más convergencias: aquel mismo año de 1859 la comunidad científica se conmocionó por las teorías de la selección natural de Charles Darwin y Alfred Russel Wallace. Pero Feldhofer no alcanzó fama hasta unos dos años más tarde, cuando su artículo fue traducido del alemán por el biólogo George Busk.

Poco conocido hoy, Busk figuraba entre la élite científica del siglo XIX y, como muchos de sus contemporáneos, sus intereses eran multidisciplinarios. Miembro de la Sociedad Geológica, presidente de la Sociedad Etnográfica y, desde 1858, secretario de zoología de la Sociedad Linneana (a la vanguardia en el estudio de la biología), Busk añadió un comentario a su traducción en 1861 del descubrimiento de Feldhofer, señalando que la extraordinaria antigüedad de la especie humana quedaba atestiguada por los útiles encontrados en otros lugares junto con animales extintos, y comparó específicamente el cráneo con los chimpancés.

En realidad, ya se habían producido descubrimientos anteriores, aunque no reconocidos. La humanidad había olvidado durante milenios a sus primos perdidos, y de repente —como ocurre a veces con los autobuses— aparecieron tres en la primera mitad del siglo XIX. El primero llegó en 1829 de la mano de Philippe-Charles Schmerling. Aficionado a los fósiles, como muchos en aquel tiempo, poseía formación médica, y en la cueva de Awirs, cerca de Engis (Bélgica), encontró partes de un cráneo que, junto con restos de criaturas prehistóricas y utensilios de piedra, había permanecido bajo 1,5 m de detritos cementados por coladas calcáreas⁴.

Pese a su extraña forma alargada, el cráneo de Engis no despertó mayor atención porque pertenecía a un niño. El cráneo adulto de Feldhofer era más pesado y además se acompañaba con otras partes del cuerpo⁵. Aunque el niño de Engis permaneció sin clasificar hasta principios del siglo XX, por suerte para

4. Este material se conoce como brecha.

5. En total los restos óseos de Feldhofer constaban de ambos fémures, la cadera izquierda, partes de la clavícula, un omóplato, casi todos los huesos de los brazos y cinco costillas.

Busk alguien más había encontrado otro neandertal adulto en suelo británico.

En 1848 llegó un cráneo a manos del teniente Edmund Flint, destinado en Gibraltar. Una vez más, la extracción de caliza —ahora para reforzar las fortificaciones militares— propició el descubrimiento, y el rango de Flint, unido a su interés por la historia natural, permitió que se conservara la pieza⁶.

El peñón despunta de la península ibérica como el diente de una enorme hiena, y su flora y fauna despertaron el interés de los compañeros de regimiento de Flint aficionados a la historia natural y miembros de una sociedad científica de la que él era secretario. Las actas del 3 de marzo de 1848 dejan constancia de que presentó un «cráneo humano» procedentes de la cantera de Forbes, situada por encima de la batería artillera del siglo XVIII. Seguramente los oficiales se lo pasaron de mano en mano, contemplando sus enormes órbitas oculares, pero a pesar de hallarse en esencia completo (a diferencia del de Feldhofer), no lo consideraron nada extraordinario; es posible que la capa de sedimento cementado ocultara los detalles, pero sorprende que nadie alcanzara a «ver» su forma exótica.

El cráneo de Forbes permaneció sin clasificar en los fondos de la sociedad hasta 1863. En diciembre de aquel año, Thomas Hodgkin⁷, médico visitante interesado en la etnografía, pudo verlo junto con otras piezas de la colección. Puesto quizá en antecedentes por la traducción del informe de Feldhofer hecha por su amigo Busk, él sí apreció algo singular en el cráneo, que probablemente se hallaba al cuidado del capitán Joseph Frederick Brome, respetado anticuario gibraltareño y gobernador de la prisión militar. Apasionado por la geología y la paleontología, Brome llevaba varios años enviando a Busk hallazgos de sus propias excavaciones, y así el cráneo de Forbes partió en barco hacia Gran Bretaña, adonde llegó en julio de 1864.

Busk debió percatarse al momento de que la gran nariz y el prognatismo facial guardaban un extraordinario parecido con

6. Es muy probable que el descubrimiento se debiera a trabajadores anónimos de la cantera y no al teniente.

7. Fue quien describió el linfoma de Hodgkin.

los rasgos que apuntaba el cráneo de Feldhofer, que constaba solo de la bóveda craneana más parte de una órbita ocular; también supuso que estas gentes desaparecidas debieron haber vivido «desde el Rin hasta las Columnas de Hércules». Tan solo dos meses después, el cráneo de Forbes debutó ante la ciencia, aunque hubo quien asistió a un preestreno. Gracias a los hábitos epistolares de los caballeros victorianos, sabemos que el cráneo de Forbes llegó muy probablemente a manos de Charles Darwin a través de un colega paleontólogo de Busk —Hugh Falconer— porque la mala salud de Darwin le impidió acudir al magno desvelamiento. A este le pareció «maravilloso», pero no existe constancia documental de su reacción científica ante los neandertales.

Ansiosos por determinar el contexto geológico del cráneo, Busk y Falconer regresaron a Gibraltar antes de fin de año. Lo que vieron les convenció para hacer público que era un «prehumano» muy antiguo. Sin embargo, el nombre que pretendían dar a la especie, *Homo calpicus*⁸, no cuajó. William King, exdirector del Museo Hancock de Newcastle y profesor de Geología y Mineralogía en Galway, había estudiado vaciados de los restos de Feldhofer y, cuando el cráneo de Gibraltar estaba llegando a Gran Bretaña, se publicó el nombre que había propuesto: *Homo neanderthalensis*. De conformidad con las reglas de «primeras peticiones» adoptadas por la ciencia, este es el nombre que seguimos usando.

Pero la denominación de estos singulares fósiles fue lo menos controvertido. Considerarlos miembros extintos de nuestro género, *Homo*, tuvo implicaciones muy profundas que reverberaron más allá del mundo científico. Enfrentada radicalmente al pensamiento científico occidental del siglo XIX, la idea encontró una enconada oposición⁹. Enseguida se alzaron las críticas

8. *Calpicus* hace referencia al antiguo nombre fenicio de Gibraltar; de haberse reconocido el descubrimiento belga anterior, hoy quizá hablaríamos de los «awirios».

9. Los editores del artículo de Feldhofer se anticiparon a esta reacción añadiendo una nota en la que señalaban que no todo el mundo compartía las extravagantes interpretaciones de los autores.

de Augustus Franz Josef Karl Mayer, anatomista retirado, colega de Schaaffhausen y creacionista.

Mayer afirmaba que los restos pertenecían a un humano enfermo y herido, pero normal. Algo más tarde, en 1874, el eminente biólogo Rudolf Virchow examinó los huesos de Feldhofer y convino en que sus peculiaridades anatómicas podían explicarse si un cosaco con artritis, raquitismo, una pierna rota y las extremidades inferiores arqueadas por su carrera en la caballería se había escondido en una cueva y había muerto. Esto parece hoy disparatado —y, paradójicamente, subrayaba lo muy parecidos a los humanos que eran aquellos huesos—; pero Virchow era un pionero de la patología celular muy respetado e impulsor de las primeras autopsias sistemáticas, y por eso no extraña su inclinación a interpretar los rasgos anatómicos de Feldhofer como consecuencia de la enfermedad y las heridas, sugiriendo incluso que los prominentes arcos superciliares eran resultado del excesivo fruncimiento del ceño debido a un dolor crónico¹⁰.

Pero Busk era médico también. Las décadas que había pasado en la Marina tratando toda suerte de heridas, enfermedades y parásitos lo hacían igual de proclive a ver a los neandertales a través de un filtro patológico, aunque esta tendencia se atemperaba por su formación como zoólogo y su experiencia en la clasificación de especies¹¹. Busk estaba seguro de que ninguna enfermedad ni traumatismo podía explicar los rasgos anatómicos que había observado, y señaló con cierta satisfacción que quienes se negaban a aceptar a Feldhofer debían admitir la improbabilidad de que un cosaco enfermo acabara expirando en Gibraltar. Estas acaloradas discusiones se prolongaron hasta bien entrado el siglo XX. La comunidad intelectual de Occidente dudaba cada vez más de que el mundo fuera un reflejo fiel de los relatos bíblicos, así que, en cierto sentido, los neandertales no

10. Virchow se valió una vez de sus investigaciones científicas para defenderse tras ser retado a duelo por Otto von Bismarck; a Virchow se le permitió elegir arma y escogió dos salchichas, una de las cuales contenía larvas de un parásito que, según había demostrado, podía infectar a los humanos. Bismarck renunció a batirse.

11. Busk identificó especímenes de la colección «Beagle» de Darwin y había publicado trabajos suyos y de Wallace sobre la selección de las especies.

eran flechas incendiarias que surgían inesperadamente desde la oscuridad.

Las revelaciones sobre la naturaleza desde el Medievo —desde continentes desconocidos hasta la identificación de cuerpos celestes antes invisibles— obligaron a reconsiderar los conocimientos y la filosofía. Y aunque se conocían fósiles desde hacía milenios, los biólogos del siglo XVIII empezaron a verlos como criaturas que estuvieron vivas y podían estudiarse. Las profundidades de la Tierra se exploraban cada vez más, como la gran cueva de Gailenreuth en Alemania desde 1771, lo que contribuyó a la naciente comprensión de «mundos perdidos» poblados por bestias extintas. Los ciclos de desastres y renacimientos de inspiración teológica continuaron ejerciendo influencia, pero la existencia de mundos desconocidos anteriores al Diluvio ya se aceptada a principios del siglo XIX. No era solo que criaturas árticas como los renos hubieran vivido miles de kilómetros más al sur, sino que lo contrario también era cierto, pues se habían encontrado huesos de hipopótamo en una región tan poco tropical como Yorkshire. Pero no todo el mundo estaba convencido de la evolución de los seres vivos. Algunos —entre ellos científicos con creencias religiosas, como Virchow— percibían incluso un peligro moral en tales teorías, temiendo que condujeran al darwinismo social.

Sin embargo, a medida que se descubrían fósiles empezó a aceptarse la idea de la existencia de otra especie humana. Un año después de que King pusiera nombre oficial a los neandertales, se propuso la teoría de que una pesada mandíbula inferior sin mentón descubierta en Bélgica junto con mamuts, renos y rinocerontes era de la misma especie. Pero tuvieron que pasar otras dos décadas hasta el descubrimiento de esqueletos casi completos. También en Bélgica, los restos de dos adultos hallados en 1886 en la cueva de Betche-aux-Rotches en Spy demostraron que los cráneos planos y alargados, mandíbulas prominentes y extremidades robustas procedentes de otros yacimientos pertenecían a las mismas criaturas. Aquello propició el reconocimiento científico de los neandertales como una población extinta anatómicamente definida. Pero los fósiles son solo la mitad de la historia.

EL TIEMPO Y LA PIEDRA

Los primeros prehistoriadores se enfrentaron a un problema fundamental: el tiempo. A falta de métodos para determinar con exactitud la antigüedad de los hallazgos, confiaban en cronologías relativas: los fósiles o utensilios encontrados junto con animales extinguidos eran lógicamente más antiguos que el mundo actual. El biólogo británico Charles Lyell sabía que el pasado más profundo de la Tierra debía remontarse mucho más allá de los confines bíblicos de unos pocos milenios, y demostró en su magna obra *Elementos de geología* que, con tiempo suficiente, los procesos geológicos sencillos y observables eran los únicos responsables de la creación del mundo. Así pues, podía extraerse una historia completa del planeta aplicando el principio de la estratigrafía: puesto que los sedimentos se superponen con el paso del tiempo, a mayor profundidad corresponde mayor antigüedad. Lyell se interesó vivamente por Feldhofer y, en 1860 —antes de la traducción de Busk—, visitó el lugar para estudiar los depósitos. Fuhlrott le mostró el cráneo y le regaló un vaciado. Para entonces la cueva se encontraba al borde de la destrucción, y la opinión de Lyell era decisiva para ganarse el reconocimiento científico de su antigüedad.

Además, el concepto de estratigrafía de Lyell formó el basamento de la arqueología como disciplina, porque permitía profundizar en los procesos temporales, establecer épocas relativas en los paisajes e ilustrar la formación de depósitos dentro de los yacimientos. Durante una excavación, las variaciones en los colores o texturas de los sedimentos, así como los contenidos de cada nivel —utensilios y huesos animales—, son indicadores de los cambios en las condiciones ambientales a lo largo del tiempo. Durante muchas décadas, la prueba de que los neandertales eran tan antiguos como muchos sospechaban se basaba exclusivamente en dicho razonamiento. Los científicos tardaron casi un siglo en concebir métodos que pudieran datar directamente las cosas. Partiendo del radiocarbono en la década de 1950, se han sucedido un sinnúmero de métodos aplicables a casi todo: huesos, estalagmitas e incluso granos de arena¹².

12. El radiocarbono es probablemente el método de datación directa más co-

Algunas categorías de útiles líticos pueden incluso datarse directamente, aunque ningunos de los primeros fósiles neandertales parecía estar acompañado de objetos culturales. Ahora sabemos que había muchos instrumentos de piedra al menos en Feldhofer, pero los descubridores no estaban lo bastante familiarizados con este tipo de utensilios para diferenciar entre la roca fragmentada y la tallada deliberadamente.

Igual que por los fósiles, los humanos se habían interesado por los artefactos prehistóricos antes del hallazgo de los primeros neandertales. Los descubrimientos fortuitos de pesados mangos de hacha o flechas de piedra requerían una explicación. La gente buscaba causas naturales y sobrenaturales, y las llamaba «piedras del trueno», creyéndolas capaces de detener los rayos¹³, o ideando historias en las que eran lanzadas por elfos: las armas de las «Criaturas Pequeñas». Los historiadores, por su parte, explicaban estos objetos dentro de las cronologías existentes. Una de las primeras descripciones documentadas de una herramienta prehistórica de piedra data de 1673, cuando se descubrió un instrumento triangular cerca de unos huesos de «elefante» en Gray's Inn Lane (Londres). Pese a que por entonces la noción del tiempo geológico empezaba a calar, el objeto fue interpretado como un elefante romano atacado por un guerrero celta. La idea de que hubiera sido fabricado por manos humanas miles de años antes de la fundación de Roma escapaba a cualquier comprensión. Pero más o menos un siglo después, los mangos de hacha enterrados a mucha profundidad fueron descritos como procedentes de «un período ciertamente muy remoto, anterior incluso al mundo presente»¹⁴. Sin embargo, la importancia de los útiles líticos para el conocimiento de los antiguos humanos aún estaba por llegar.

nocido por los no especialistas. Basado en el predecible ritmo de desintegración del isótopo del carbono 14, hoy puede utilizarse para datar materiales orgánicos de hasta hace unos 55 ka.

13. Esto no es tan disparatado como parece, puesto que en un sedimento rico en sílice el rayo puede producir un mineral llamado fulgurita.

14. Palabras de John Frere, que en 1797 descubrió instrumentos líticos asociados a animales extintos en Norfolk (Gran Bretaña).

La primera persona conocida que desenterró intencionadamente instrumentos neandertales fue el francés François René Bénéit Vatar de Jouannet. Entre 1812 y 1816 excavó los abrigos de Pech de l'Azé I y Combe Grenal, en el suroeste de Francia, donde encontró huesos quemados de animales y restos de producción lítica. Lo más importante fue que observó que estaban encastrados en coladas calcáreas antiquísimas, pero como el cráneo de Engis aún tardaría más de una década en encontrarse, no tenía conocimiento de los neandertales ni de ningún homínido extinguido. Su estimación cronológica de los utensilios —«galos muy antiguos»— se parecía curiosamente a la interpretación del hallazgo de Gray's Inn casi 150 años atrás¹⁵.

Después de Jouannet, se acumularon las evidencias de que tales hallazgos no se correspondían con cronologías históricas ni bíblicas. En el sureste de Francia, el anticuario Paul Tournal había exhumado huesos de osos y renos, junto con útiles de fabricación claramente humana, en las cuevas de Bize, por lo que propuso en 1833 la teoría de una edad «*anté-historique*». Por la misma época, el arqueólogo francés Jacques Boucher de Crèvecœur de Perthes descubrió pedernales tallados enterrados a gran profundidad en graveras del valle del Somme, en el norte de Francia. Era difícil imaginar que hubieran llegado hasta allí en época reciente, máxime cuando incluso la evidencia de fósiles de elefante y rinoceronte había obtenido escasa aceptación científica. No fue hasta la difusión de la noticia del descubrimiento de Feldhofer cuando las cosas cambiaron.

Y nos encontramos de nuevo con Hugh Falconer, que le llevaría a Darwin el cráneo de Forbes. Igual que Busk, sigue siendo poco conocido, pero fue fundamental en la consideración de la evolución humana como ciencia. Después de años en la India colonial, donde se interesó por la paleontología, en 1858 Falconer estaba excavando la cueva de Brixham, en Devon, donde encontró restos de industria lítica y fauna extinta sellados bajo un suelo de estalagmitas. Aquel mismo año visitó las graveras excavadas por De Perthes y, convencido de su antigüedad, aconsejó

15. Estaba trabajando antes de que Christian Jürgensen Thomsen propusiera las «tres edades» de Piedra, Bronce y Hierro en 1817.

al geólogo Joseph Prestwich que fuera a verlas. Por casualidad, Prestwich coincidió allí con el experto en herramientas de piedra John Evans —y con Charles Lyell, que había ido por su cuenta—, y en 1859 publicaron sus expertas opiniones certificando que la época de los utensilios líticos y de las criaturas extintas se solapaban en un remotísimo pasado. Por parte de los científicos, el asunto quedaba zanjado, pero los escépticos insistían: ¿era posible que los fabricantes de herramientas, por antiguos que fueran, hubieran vivido después de que criaturas como los mamuts fueran ya huesos secos?

Un testimonio incontrovertible —y emocionante— vino a demostrar que, en efecto, los humanos habían contemplado bestias ya extintas en todo su lanudo esplendor. Más de 560 km al sur de las graveras del Somme, en la confluencia de los ríos Beaune y Vezère, se encuentra el pueblo de Les Eyzies-de-Tayac. En enero reina el silencio suficiente para oír los graznidos de los halcones peregrinos sobre los acantilados, pero en verano sus aceras estrechas y soleadas son un hervidero de turistas: el pueblo es la capital de un país de las maravillas prehistórico, rodeado por cientos de cuevas y abrigos en espectaculares gargantas y mesetas calizas. Después de probar la tortilla de trufas del Café de La Mairie, los visitantes suben hasta el Museo Nacional de Prehistoria, construido en torno a un *château* ruinoso bajo un saliente calizo. Las suntuosas chimeneas que se conservan son un extraño eco de las capas de cenizas prehistóricas acumuladas a metros de profundidad. Desde las antiguas murallas, la enorme escultura *art déco* de un neandertal mira inescrutable a un paisaje que, como los pensamientos secretos de la estatua, ha ocultado muchas cosas.

El relativo aislamiento de Les Eyzies terminó en 1863, cuando el ferrocarril que unía París con Madrid tendió un ramal hasta el Périgord, lo que transformó aquel pueblecito tranquilo en el epicentro de discusiones sobre los orígenes de la civilización occidental y, por último, en Patrimonio Mundial. Para seguir la ruta, cerca de donde la vía férrea se arquea hacia el sur desde la estación, puede alquilarse una canoa y remontar el curso del Vezère. Pasados unos kilómetros y frente a un *château* se encuentra el abrigo de La Madeleine. Al lado de los famosos restos

del castillo, donde hoy se recibe a los turistas, existe un yacimiento oculto todavía por la vegetación, igual que en 1864.

Aquel verano se encontraba allí Falconer asistiendo a una colaboración arqueológica entre dos pasajeros llegados en los flamantes trenes el año anterior. La riqueza del financiero británico Henry Christy le permitió reunir «una de las colecciones arqueológicas privadas más selectas de Europa»¹⁶. Su socio francés, Édouard Lartet, era ya un prehistoriador famoso que excavaba yacimientos desde la década de 1830¹⁷. Basándose en rumores sobre las colecciones de un *vicomte* del lugar y los hallazgos en poder de un anticuario parisino, empezaron a colaborar en el valle del Vezère. Después de investigar en el abrigo superior de Le Moustier, un día, de regreso, repararon en otra cavidad grande en la orilla opuesta del río, visible porque era invierno y las ramas que la tapaban estaban desnudas.

Conocido como La Madeleine, este yacimiento contenía una riquísima colección de piezas arqueológicas fabricadas por los primeros *H. sapiens* decenas de milenios después de los neandertales; pero además guardaba un objeto fundamental para el reconocimiento del lugar de los neandertales en nuestra evolución. Hasta entonces, los escépticos sobre la remota antigüedad humana habían explicado las tallas en astas de renos descubiertos en otros puntos de Francia como el resultado de un material ya fosilizado y labrado mucho después. Ese argumento se invalidó en La Madeleine cuando los obreros de Lartet y Christy sacaron a la luz los fragmentos de un colmillo de mamut con marcas. Aquel mismo día se produjo por coincidencia la visita de Falconer —máxima eminencia mundial en elefantes fósiles—, quien al limpiar con un cepillo la tierra del marfil observó al instante que las incisiones formaban la inconfundible cabeza abombada de un mamut, con su hirsuto pelaje perfectamente reconocible¹⁸. Este único objeto probaba que los huma-

16. De las memorias de Falconer (p. 631).

17. Lartet era abogado, pero al parecer se apasionó por la paleontología tras recibir de un agricultor un colmillo de mamut en pago por sus servicios.

18. El descubrimiento de *permafrost* ruso en el siglo XVIII ya había demostrado que los mamuts eran lanudos.

nos sí habían coexistido con especies extintas, y que todos los «desechos» de sus vidas extraídos de cuevas de toda Europa procedían en realidad de un mundo prodigiosamente antiguo.



El descubrimiento de La Madeleine colocó la piedra angular de la disciplina que estudia los orígenes humanos. Habrían de transcurrir unos 50 años para que los prehistoriadores reunieran útiles líticos que permitieran empezar a comprender quiénes habían hecho qué, y cuándo. Pero ya se había cruzado un Rubicón entre dos cosmologías: la visión antigua de un universo concebido para nosotros, y la de un mundo nuevo donde éramos los hijos —con muchas hermanas y hermanos— de la propia Tierra. Por la senda que conduce a esta última concepción del devenir humano nos llevará el resto de este libro, para aprender cómo los neandertales se transformaron de extravagancias científicas en las criaturas extrañamente inmortales y queridas que hemos descubierto y, en cierto sentido, creado. Pero primero necesitamos un retrato de familia que nos ayude a situarlos en la inmensidad de su contexto evolutivo.